

¿EL FIN DE LOS LIDERES HISTORICOS?

EL XII Consejo Nacional Palestino que acaba de finalizar en El Cairo ha puesto en evidencia, a pesar de los denodados esfuerzos desarrollados por los dirigentes de la Organización de Liberación de Palestina (OLP) por guardar las formas, la grave crisis de fondo que atraviesa la resistencia en sus concepciones ideológicas, su estrategia y su táctica desde la guerra de octubre de 1973.

Los dos temas clave que están a punto de hacer estallar la difícil cohesión existente entre las diversas organizaciones guerrilleras, se refieren a la posibilidad de la asistencia de la OLP, a la Conferencia de Ginebra como representante del pueblo palestino y, en segundo lugar, la aceptación de un mini-Estado palestino a caballo entre Jordania e Israel, en el caso de una supuesta retirada sionista de los territorios de Gaza y Cisjordania ocupados en 1967, dentro del marco de un acuerdo generalizado de paz en Oriente Medio.

Una trampa diplomática sutil, dos hipótesis carentes de garantías lanzadas a la palestra en el momento oportuno de la euforia postbélica de octubre pasado, han logrado lo que no habían conseguido nueve años de persecuciones y exterminio. No ha sido necesaria la menor concesión material y tangible. Antes no tenían nada que perder, y en ello residía el origen de su fuerza. Ahora ha bastado con darles una simple ilusión para defender y los antiguos desesperados se han dividido.

«A fuerza de jugar con las contradicciones de los países árabes, nos hemos convertido en una parte de la contradicción», nos dice un responsable de Al Fatah, la organización más poderosa de la Resistencia y la que ha sufrido mayor conmoción interna con los actuales acontecimientos. Los oportunistas, la burguesía nacional temerosa de la previsible radicalización ideológica del movimiento de liberación, los combatientes fatigados, los líderes guerrilleros sujetos a la tutela de los regímenes árabes, se confunden en este vendaval de indecisión que estremece a la revolución palestina, hoy en día polarizada alrededor de dos tendencias principales.

La primera partidaria, con mayores o menores matices y rodeos, de la aceptación de mini-Estado palestino, es gobernada por gran parte de la dirección de Al Fatah,

el Frente Democrático de Nayef Hawatmeh (FDPLP), la organización guerrillera Al Saika, dependiente del partido Baaz sirio y algunos otros grupos de menos importancia. Con ellos, dirigentes

«fedayin» y numerosos cuadros medios de la Resistencia.

Tales divergencias asolan desde la guerra de octubre la guerrilla palestina, y alcanzaron su punto álgido durante los pasados

Francisco Cerecedo

del Frente Nacional Palestino, movimiento creado en agosto del año pasado en Cisjordania, que engloba diversos grupos, como el partido comunista jordano, acompañados de alcaldes, personalida-

des, especialmente en enero y junio, y se saldaron con choques armados, bastantes víctimas y militantes arrestados por pronunciarse ostensiblemente contra la asistencia a Ginebra y el mini-



Las operaciones de los comandos palestinos se intensifican en los territorios ocupados. El criticado compromiso de la OLP con las autoridades libanesas suspendiendo las acciones guerrilleras a partir del Líbano, ha servido para mostrar la creciente importancia de la resistencia del interior, de la que forman parte de los «fedayin» prisioneros que aparecen en la fotografía.

des nacionalistas y dignatarios religiosos de los territorios ocupados.

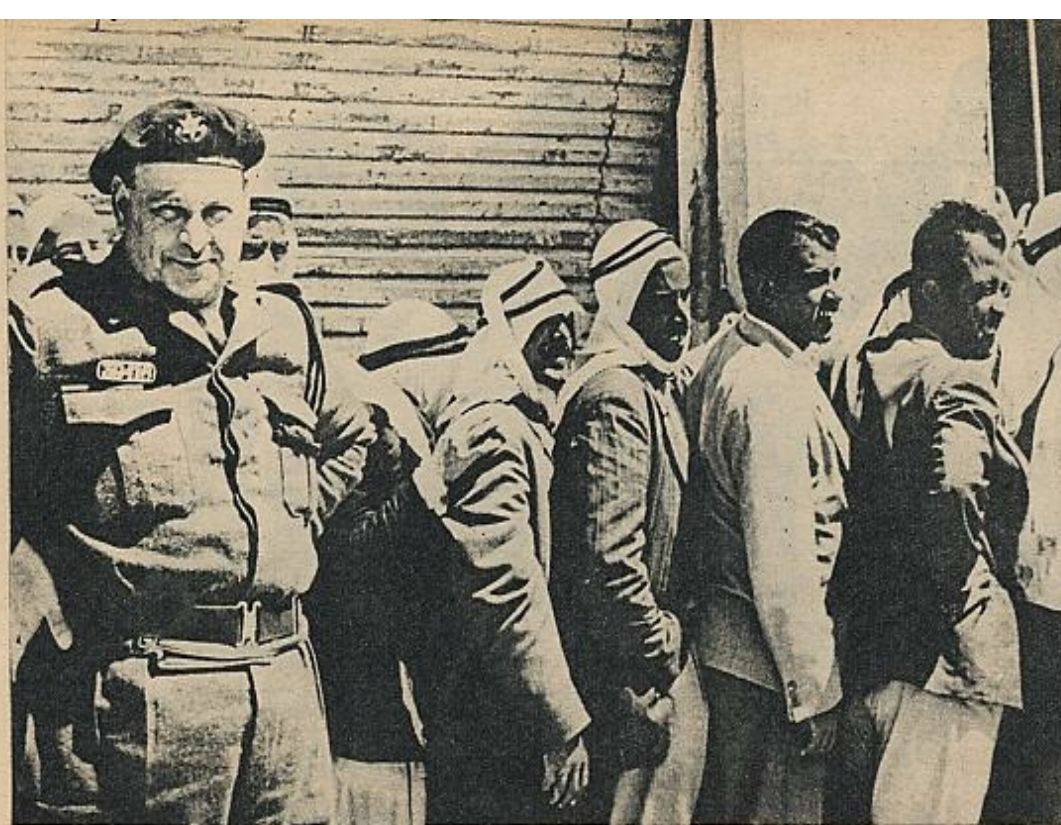
En el extremo contrario, el denominado «frente de rechazo», que comprende, entre otros, el Frente Popular del doctor Habache (FPLP), el FPLP-Mando General de Ahmed Gibril y el Frente de Liberación Árabe (FLA), sostenido por el Baaz iraquí, cuyas tesis referentes a la negativa a participar en la Conferencia de Ginebra y a la creación del mini-Estado son compartidas, como veremos más adelante, por la casi totalidad de los

Estado. Las proclamas y comunicados enarbolando las diferentes posiciones, se multiplican en los últimos tiempos. Así, a las declaraciones de líderes como Nayef Hawatmeh, FDPLP («El establecimiento de una autoridad nacional palestina constituye una iniciativa importante para la solución democrática del problema»), como Abu Ayad, número dos de Fatah («Tenemos que buscar respuestas realistas que, sin anular ni contradecir la afirmación de nuestro derecho histórico, no descarten los logros inmediatos que pueda obtener nuestro pueblo»), o Zuheir Mohsen, máximo diri-

gente de Al Saika («Cisjordania debe ser arrancada de la soberanía de Jordania»), se oponen las manifestaciones del secretario general del Frente Popular (FPLP), George Habache, que en uno de sus refugios de Beirut nos explica: «Algunos afirman que primero vamos a conseguir instalar un poder nacional democrático en los territorios ocupados devueltos, y luego continuaremos la lucha contra el enemigo israelí. Si semejante cosa fuera posible, el Frente Popular y yo nos convertiríamos en los mayores entusiastas de esta solución. Pero se trata de un sueño dorado, de una hermosa alucinación. Nos hallamos ante un hecho concreto: en el caso de que la Resistencia recibiera este poder, ¿quién determinaría su papel histórico? Los factores materiales que crearon dicho Estado».

Simultáneamente, la agitación prende en las organizaciones de masas, campos de refugiados, uniones estudiantiles y profesionales y bases guerrilleras, en desacuerdo con la actitud ambigua adoptada por la dirección de la Resistencia. Así, la Unión General de Estudiantes Palestinos, controlada por Fatah, declara que «aprobar la llamada Conferencia de Paz o participar en ella representa una desviación de las esperanzas y aspiraciones de las masas». Los sindicatos palestinos, sector del Líbano, insisten en la «continuación de la lucha armada como único camino para la liberación total del pueblo palestino»; la Unión de Escritores y Periodistas Palestinos, asimismo dominada por Fatah, condena la «asistencia a la Conferencia de Ginebra y cualquier acto que conduzca a nuestros guerrilleros a abandonar las armas»; la Unión General de Mujeres Palestinas rechaza «enérgicamente el Estado palestino» y condena «cualquier acción palestina o árabe que apoye la creación de semejante Estado marioneta». En el exterior proliferan igualmente los comunicados desaprobatorios. La Organización de Estudiantes Árabes de los Estados Unidos y Canadá exige a la OLP «tomar claramente postura y rechazar la Conferencia de Paz y el mini-Estado», y la Organización de Trabajadores y Estudiantes Árabes en Francia expresa su apoyo a todas las «fuerzas que se oponen al Estado palestino».

Hace poco tiempo, los comités populares que administran los campos de refugiados de Chatila y Borj Al-Barajua, compuestos



Los israelíes contemplan con cierto agrado la idea de un mini-Estado dormitorio palestino, federado con Jordania, desmilitarizado, dirigido por la burguesía semifeudal de Cisjordania, es decir, por los Tukan, los Masri, los Canaan, etcétera, que dejara sin representatividad a la Resistencia y proporcionara, al mismo tiempo, mano de obra barata y disciplinada al Estado sionista.

por habitantes de los campos y delegados de las diferentes organizaciones guerrilleras, decidieron suspender la representatividad de los miembros del Frente Democrático por su afán de recoger firmas en apoyo de la participación de la OLP en la Conferencia de Ginebra y por negarse a condenar la visita y maniobra del secretario de Estado norteamericano Kissinger en la zona.

La desorientación y la intoxicación son grandes. En la revista «Al Hadeb», órgano del FPLP, apareció un texto firmado por Septiembre Negro, que luego sería desmentido como apócrifo por la organización, dirigido a las masas combatientes y asegurando que «vuestró hermanos de Septiembre Negro, con sus grupos armados y comandos suicidas extendidos por todas partes, van a cortar cada mano que firme el acuerdo de vender Palestina». En España tenemos un ejemplo concreto: los estudiantes palestinos simpatizantes del Frente Democrático, en Zaragoza, omitieron una declaración en sentido totalmente contrario a la línea política de la organización, solicitando de la OLP que rechace «pública y efectivamente todos los intentos de liquidación que pasan por la Conferencia de Paz y el Estado palestino». Otros, en cambio, se exceden en su celo oficialista, como el representante en Londres de la Organización de Liberación de Palestina, Saïd Hammami, que ha sido desautorizado por la propia OLP, a consecuencia de unas manifestaciones recogidas por el periódico «Jewish Chronicle», asegurando que Yasser Arafat estaría dispuesto a entrevistarse con el primer ministro sionista a condición de que Israel regresara a las fronteras anteriores a 1967.

Jamás una crisis tan honda ha tenido un crimen de proporciones tan utópicas. La escalada de la extrema derecha al poder en Israel —como casi ha logrado a primeros de junio el Likud, al obtener cincuenta y un votos frente a los sesenta y uno de la coalición presidida por el actual primer ministro Isaac Rabin— sería suficiente para demostrar la inutilidad de estas discusiones. De todos modos, las intenciones del nuevo Gobierno israelí, expresadas por el general Rabin en su discurso de toma de posesión, permite escaso margen para las ilusiones: «Israel no va a negociar con Ginebra con representantes de las organizaciones de terroristas, vayan como participantes o como observadores».

Mientras tanto, la Pax Americana se instaura en la región y resulta obvio que para todos sus protagonistas, sean israelíes, estadounidenses o árabes, la paz en Oriente Medio pasa por la liquidación de la Resistencia palestina. La consecuencia directa de la resolución 338 de la ONU estableciendo el alto el fuego en la guerra de octubre de 1973, ha sido la penetración masiva de los norteamericanos en la zona. Nada más firmarse el acuerdo de separación de fuerzas del 17 de enero de 1974, Egipto otorgaba la «pipe-line» de Suez a Alejandría a una compañía estadounidense, Nixon solicitaba del Congreso una cuantiosa ayuda económica para el gobierno de El Cairo, otras tres firmas USA —Conoco, Tripco y Penxamin Pacific— recibían en abril sus respectivas concesiones petrolíferas, y tres más —Amoco, Mobil y Phillips Petroleum— aguardaban impacientes la hora del definitivo contrato. Con tal motivo, el ministro de Asuntos

Exteriores egipcio ha declarado: «Queremos estrechar nuestros vínculos con los Estados Unidos, con mayor intensidad que con ningún otro país». Paralelamente, Siria ha establecido relaciones diplomáticas con Washington, y los Presidentes Assad y Sadat, agradecidos, reprochan al pueblo y a los Tribunales norteamericanos su malsana insistencia por conocer las complicidades del Watergate.

Parece, pues, inevitable una fase, más o menos duradera, de implantación norteamericana en la región. A pesar de las palabras amenazadoras contra Israel que periódicamente administran los regímenes árabes para el consumo interno. Si Israel persiste en sus ataques contra el Líbano, avisan los Presidentes egipcio y sirio, no tendrán más remedio que intervenir. Hace pocos días, en el transcurso de una revista a la Marina egipcia, Sadat aseveró que la guerra no había terminado y que perduraría hasta que no fueran devueltos todos los territorios ocupados y restablecidos los derechos del pueblo palestino. Todos los gobiernos árabes que aspiran a reconocer a Israel tienen necesidad de un excedente de heroísmo para hacerse perdonar su traición.

Frente a sus masas populares, perpetuamente distraídas de los problemas sociales por una movilización estimulada desde el poder en torno a los «slogans» de la revolución palestina, los gobiernos árabes no pueden atacar francamente a la Resistencia como sería su deseo. Los ejemplos de las matanzas de Jordania de 1970 que colmaron de odio popular y desprestigio diplomático a la monarquía hachemita, y el intento de exterminio de los «fidayin» por parte del Ejército

libanés en mayo de 1973, que colocó al país al borde de la guerra civil, constituyen advertencias suficientes contra las tentaciones de una liquidación demasiado directa de los revolucionarios palestinos. Los actuales métodos resultan menos espectaculares: retirada de fondos, bloqueo de bases guerrilleras, embargo de armas, cierre de fronteras, controles de circulación y presiones para que los «fidayin» vayan a Ginebra y acepten la idea de su mini-Estado dormitorio, rodeado por los Ejércitos jordano e israelí.

Por otra parte, como señala Abu Ayad, uno de los líderes históricos de Al Fatah: «Para hacerse perdonar su despotismo, sus crímenes contra la libertad, su mediocridad, sus fracasos en el terreno económico y social, los regímenes árabes tienen necesidad de un certificado de buena conducta que sólo puede otorgarlo la Resistencia palestina, porque es la única que no ha perdido su crédito entre las masas árabes y porque debe su prestigio al testimonio de la sangre».

Incluso las grandes organizaciones de la Resistencia se van a ver obligadas en los próximos meses, antes de la segunda fase de la Conferencia de Ginebra, que deberá reanudarse en octubre, a una auténtica escalada en el terrorismo para mantener el control de sus militantes que comienzan a estructurar el descontento peligrosamente. A este respecto resulta significativo que cada una de las cuatro operaciones de comandos suicidas llevadas a cabo en territorio israelí en los últimos tres meses, haya sido reivindicada por diferentes grupos de la Resistencia, como si todos precisaran disponer de una sonora acción en su cuenta. La ocupación del kibbutz de Nahariya, el 25 de junio, ha sido asumida por Fatah, la organización más moderada desde el punto de vista político.

En una base guerrillera del Sur del Líbano, con la mirada puesta en las cercanas colinas ocupadas por las fuerzas israelíes, escuchamos la explosión de un «fidayin», acompañado del asentimiento de sus camaradas: «Hay miles de palestinos dispuestos a repetir la operación de Kyriat Shamuna o la de Maalot e impedir la «paz» de Ginebra. Con unas cuantas acciones como éstas bastaría». Y recuerdan, a la sombra de los naranjales, el último mensaje de Monouir Al Mograbi, jefe del comando suicida de Kyriat Shamuna, impregnado de esa combinación de violencia y de lirismo tan característica de la lengua árabe: «Qué dulce es el sabor de la muerte cuando está mezclado con la tierra y el viento de la patria».

Los «fidayin» se muestran decididos a proseguir la lucha por encima de los titubeos o de los análisis equivocados de sus dirigentes. «Los Estados Unidos —comentaba con amargura el representante de la OLP en un país europeo— han conseguido que la Resistencia no discuta la guerra, sino una alternativa a la revolución». La decepción se difunde asimismo en amplios sectores de la izquierda internacional que, a través de sus partidos, grupos y ▶

personas prestaban al movimiento palestino un apoyo incondicional en los más variados terrenos, desde la propaganda hasta la acción, y ahora se ven tratados por algunos jefes de la Resistencia como practicantes de una «huida idealista» hacia adelante. Tal era el caso de un grupo de judíos maoístas franceses, partidarios de los palestinos, que encontramos en Beirut: «Llevamos varios años trabajando para conseguir incorporar a nuestra causa a los judíos antisionistas, y ahora Hawatmeh nos sale pidiendo un diálogo democrático con los sionistas».

Únicamente el Irak y Yemen del Sur sostienen el «frente de rechazo» al compromiso. Para ambos regímenes han surgido dificultades que les impiden concentrar sus esfuerzos en la empresa. E Irak, desde que se conoció su postura intransigente con respecto a la instauración de la «pax americana» en Oriente Medio, comenzó a ser hostigado militarmente en sus fronteras por el Ejército del Irán, el nuevo gendarme estadounidense en la zona. Al mismo tiempo que un sector del movimiento kurdo, mandado por el general Barzani, se lanzaba a la lucha armada en el Norte del país a finales de marzo. En una reveladora entrevista aparecida en el «Washington Post», Barzani ofrecía a las compañías norteamericanas los yacimientos de petróleo de Kirkuk, nacionalizados por el gobierno del Irak en 1972, a cambio de ayuda. Por su parte, Yemen del Sur ha de protegerse de las constantes invasiones de su territorio patrocinadas por Arabia Saudita, otra sólida cabeza de puente norteamericana en la región y de las agresiones de las tropas iraníes recientemente estacionadas en el vecino sultanato de Oman. En otro aspecto, la intervención de la Unión Soviética como contrapeso a la creciente penetración norteamericana en el área, parece más bien problemática. La URSS siempre ha contemplado con desconfianza las actividades guerrilleras de los palestinos, como si esperara la resurrección de los despistados partidos comunistas árabes.

La idea de la creación de un Estado palestino no es nueva. Basta recordar que el primero que lanzó la sugerencia fue el primer ministro israelí Ben Gurion, aprovechando la confusión reinante en el mundo árabe tras la derrota de 1967. El proyecto murió poco después, para reaparecer más tarde en forma de rumores de fuentes desconocidas tras la carnicería perpetrada por Hussein de Jordania contra los palestinos en septiembre de 1970 y junio-julio de 1971. De nuevo renace disimuladamente en la propuesta de un Reino Árabe Unido, efectuada por el monarca hachemita en 1972, acompañada, en la misma época, por un sondeo israelí convocando a los notables de Cisjordania a unas elecciones municipales que servirían de pauta para la creación de un futuro «Estado palestino». La idea vuelve a aparecer en escena tras la crisis entre los «fidayin» y el Ejército libanés de febrero y mayo de 1973, y, finalmente, pero en esta ocasión de modo demo-



Notables y dignatarios de Cisjordania y Gaza han iniciado un festival de idas y venidas a Beirut para hacer propaganda entre los líderes de la OLP del proyecto del mini-Estado palestino, del que aspiran a ser las autoridades.

¿EL FIN DE LOS LIDERES HISTÓRICOS?

lador, escindiendo por primera vez la Resistencia, a continuación de la guerra árabe-israelí de octubre de 1973.

En las actuales circunstancias, el Rey Hussein, presionado por los Estados Unidos y los países árabes, duda en reconocer a la OLP y admitir un futuro Estado palestino en Cisjordania. Prefiere la fórmula de la Federación. Pero el príncipe heredero de Jordania, su hermano Hassan, se inclina por la idea de un Estado palestino. Kissinger aconsejó a Hussein que mantuviera una posición conciliadora con respecto a la representación palestina en Ginebra. El soberano al principio se opuso, pero la sublevación de la Brigada 40, que no sólo pedía aumento de salario, sino que apoyaba al príncipe Hassan, le hizo atenuar su intransigencia.

Así las cosas, se ha iniciado un ir y venir de notables de Cisjordania y Amman, que viajan constantemente a Beirut para promover la idea del Estado o de la Federación entre los dirigentes de la OLP. Estos itinerantes e influyentes personajes de la burguesía semifeudal palestina, que aspiran a convertirse en las autoridades del nuevo Estado, son, entre otros, Suleiman Al-Nabulsi, uno de los cuatro principales consejeros del Rey Hussein; Hikmat Al-Masri, Abdel Rauf Al-Fares y Rashad Al-Shawa, ex alcalde de Gaza.

Según los israelíes, el modelo ideal para Cisjordania y Gaza es el Sarrre. El territorio evacuado sería colocado bajo la jurisdicción de un alto comisario de la ONU durante diez años. Ello no impediría la existencia de vida política, y los palestinos podrían constituir un Parlamento y un gobierno autónomo. Pero la defensa correría a cargo de las Fuerzas Armadas israelíes estacionadas a lo largo del Jordán. Una vez transcurrido este período de pruebas, el pueblo palestino

podría acudir a un referéndum para decidir su propio destino, en el que las autoridades israelíes favorecerían la alternativa de una unión federativa con Jordania.

Algunos sectores de la guerrilla tratan de imponer la ficción jurídico-política de dividir los derechos del pueblo palestino en derechos temporales y derechos históricos. Es decir, que se puede adquirir ahora una parte de la tierra palestina como una etapa previa, para recuperarla más adelante en su totalidad. Pero existe una diferencia práctica entre la liberación de una parte del territorio nacional por medio del combate, instalando una autoridad revolucionaria en ella y la obtención de la misma por simple concesión. La liberación parcial representa un paso decisivo en el camino de la lucha y origina condiciones revolucionarias favorables para el proceso revolucionario palestino, árabe e incluso israelí. Además intensifica las alianzas revolucionarias a nivel mundial. La mera aceptación supone la aniquilación del proceso revolucionario de la zona, la ruptura de los lazos internacionales, la legitimación definitiva de la colonización sionista otorgada por sus propias víctimas y la extinción de los derechos del pueblo en su guerra de liberación.

Por tales razones, los dirigentes palestinos partidarios del compromiso vacilan al enfrentarse a una responsabilidad histórica que compromete el porvenir de millones de seres. Si aceptan el mini-Estado, significa que la Resistencia abandona su objetivo primordial: la liberación de toda Palestina de la ocupación sionista y su estrategia de la guerra popular de larga duración, para entrar en contradicción con los refugiados palestinos de Líbano y Siria y con los patriotas caídos dentro de Israel de la partición de 1948, porque el nuevo Estado, circunscrito a Gaza y Cisjordania,

no les serviría para resolver la cuestión vital del regreso a sus hogares.

Con problemas de tanta envergadura, unidos a la crisis de confianza que suscitan los líderes de la OLP, se han vuelto cautelosos y no se pronuncian abiertamente por el mini-Estado palestino, sino que explican su posición con grandes circunloquios y distinciones, navegando por los meandros del idioma, hablando de contradicciones principales y secundarias, rechazando tanto la paz americana como la paz soviética, pero, a lo largo de la conversación, ni una sola palabra precisa de condena para el proyecto de Estado. Yasser Arafat, con su habilidad política característica, no desea que la OLP se manifieste oficialmente sobre la idea del Estado palestino, porque considera que ello supondría la explosión de la organización. «Es inadmisible —comenta el doctor Habache, líder del FPLP— para cualquier organización palestina o árabe, no dar una respuesta clara, sincera y concisa a esta pregunta. No podremos salvaguardar la unidad de la Resistencia si no la contestamos».

Después de varios meses de convocatorias y sucesivos aplazamientos, el XII Consejo Nacional Palestino que acaba de celebrarse en El Cairo ha dejado las espaldas en alto, sin haber podido superar las insalvables divergencias que oponen a los «capitulacionistas» de los «continuadores de la lucha», según la expresión de los rechazantes, o a los «partidarios del todo o nada» de los «que son conscientes de las realidades de la relación de fuerzas», de acuerdo con la terminología de los aceptantes. El Parlamento palestino ha adoptado como resolución final un texto equilibrado y ambiguo propuesto por el Comité Ejecutivo saliente de la OLP,

al que, tras arduas discusiones, se le añadió un punto final que ilustra claramente las dificultades para definir una postura neta y determinada con respecto a la asistencia a la Conferencia de Ginebra y a la creación del mini-Estado.

Dicho punto final señala que, en el caso de producirse una situación de carácter decisivo con respecto al futuro del pueblo palestino, el Consejo Nacional será convocado en sesión extraordinaria para discutirla. Se aplaza la verdadera batalla de fondo hasta que la propia realidad la imponga como ineludible, es decir, en el caso de que la OLP fuera realmente invitada a participar en las conversaciones de paz de Ginebra.

Pero las disputas por el mini-Estado o por Ginebra no son otra cosa que las apariencias externas del auténtico problema que se le presenta a la Resistencia palestina ante la nueva situación de la zona: la necesidad de una definición ideológica.

Este es el sentido profundo de la crisis actual que enfrenta a la base guerrillera con su dirección. La movilización de las masas árabes llevadas a cabo por la Resistencia en los últimos años, no es un fenómeno que pueda proseguirse indefinidamente sobre fundamentos nacionalistas sin que las energías de estas masas se desarrollen de acuerdo con sus propios intereses. La Resistencia, que comenzó asumiendo el papel de vanguardia armada de las ideas del movimiento nacionalista palestino, se ve ahora forzada, con la incompreensión y el disgusto de gran parte de sus dirigentes a asumir el papel de catalizador de todas las fuerzas sociales árabes que luchan contra las formas de opresión local e internacional en la región. Y esto no sólo es consecuencia de la dinámica propia de la lucha, sino que es la única posibilidad que tiene la Resistencia para continuar desempeñando su función de vanguardia y no quedar relegada en la nueva relación de fuerzas de la zona, a la condición de simple grupo de presión regional.

En tales circunstancias, se extiende el descontento en las filas de los «fidayin». Los líderes históricos del movimiento de liberación palestino, pioneros audaces de cuya buena fe no se puede dudar, se encuentran fatigados y han llegado a confundir su propio cansancio con el de la revolución que años atrás ellos habían puesto en marcha.

La encrucijada es dramática. La destrucción del Estado sionista, o sea, del imperialismo en Oriente Medio, no se puede llevar a cabo por operaciones exclusivamente militares, sino actuando también políticamente sobre el mismo pueblo palestino, las masas árabes y la sociedad israelí. Compleja tarea exigida a los líderes nacionalistas y tradicionales de la Resistencia que se mueve en medio de una trama de contradicciones regionales e internacionales, y en un contexto ideológico, social y geográfico lleno de dificultades. La revolución palestina apa-

rece como un eje revolucionario de múltiples funciones y, entre esta función histórica objetiva y su propia realidad, se trata de determinar la capacidad de la Resistencia para asumir una labor tan abrumadora.

A la revolución palestina ya no se le puede contentar con unos metros de tierra de la patria perdida. La mayor ofensa que podrían infligir los líderes palestinos a su pueblo sería liberarle de la opresión israelí y jordana para hacerle caer en la opresión de sus propios reaccionarios. En el terreno panárabe, las responsabilidades son idénticas. Cuando hay crisis social en el Líbano, en Egipto, en Siria o en Jordania, ¿qué puede aportar la Resistencia? No es capaz de asumir su papel de dirección política de las masas árabes, porque se ha mantenido deliberadamente al margen de las crisis políticas y sociales del pueblo árabe, al que ella en gran medida ha contribuido a despertar revolucionariamente y se ha estancado en estrechos objetivos militaristas. La relación natural entre la lucha contra el sionismo y el combate a los regímenes árabes reaccionarios de la zona no figura en las líneas estratégicas de la Resistencia cuyos dirigentes preconizan la «discusión fraternal» con los gobiernos de la región. «Si la OLP ha conseguido su representatividad —replica un miembro de Al Fatah ha sido gracias a los mártires y los combatientes y no por la tolerancia de Sadat y Feysal». Al mismo tiempo, la Resistencia, por su debilidad política, no dispone de medios para introducirse ideológicamente en el seno de la sociedad israelí.

En resumen, una empresa titánica que pondrá a prueba la madurez política de la izquierda y de la «nueva guardia» palestina que ascienden dispuestos a tomar el relevo. En las recientes elecciones de la Unión General de Estudiantes Palestinos, que es una de las principales organizaciones de masas de la OLP y feudo de Al Fatah, el 70 por 100 de los votantes se pronunció de hecho en contra del mini-Estado. Y en el mismo acto, uno de los sectores de la izquierda que se opone al compromiso, el FPLP de George Habache, esperaba obtener el 10 por 100 de los votos y alcanzó el 35 por 100.

¿Sabrá mostrarse la izquierda palestina a la altura del compromiso? ¿Será capaz la Resistencia de mantener su unidad interna sin defraudar las esperanzas de las masas árabes que todavía la consideran como la punta de lanza en la liberación de todo el mundo árabe? Arduos interrogantes que agobian a la guerrilla palestina y a su naciente «nueva guardia». Y quizá, si aún es tiempo, a los viejos líderes históricos acusados de flaqueza y amenazados de muerte por sus propios subordinados.

Para reanudar el camino, harán falta unos héroes... que no se encuentren cansados. ■ F. C.

(Ver en pág. 28: "El gran Mufti".)

Los Contem pora neos

FABULA DEL «PROGRE» Y EL «RETRO»

Entre los "progres" y los "retros" se cruzan, estos últimos tiempos, torvas miradas de desconfianza. Los "retros" murmuran sordamente promesas de noches de largos cuchillos; los "progres" esbozan amplias sonrisas y prometen indultos y perdones. Cada una de estas actitudes aterroriza al otro. Es natural. Si la oferta de un cuchillo, más o menos largo, de noche o a la hora de la siesta, es de naturaleza directamente aterradora, nada hay más amargo para un "retro" que la posibilidad de que un "progre" esté un día en condiciones de perdonarle. Primero, porque no se lo cree; segundo, porque contradice su numantinitismo congénito. "Antes muerto que rojo", proclama Blas Piñar, en nombre de los "retros", y es el grito-tipo de su agustinadearagonesismo.

Adorables personajes del retabillito nacional. Retabillito de soñadores, de imaginativos de la política. Aquí sueñan con tener el poder hasta los que lo tienen (sobre todo, los que lo tienen, porque son los que saben cuáles son sus verdaderos límites). Los "progres" son lo que les dejan ser, pero ni un paso más. Los "retros" son lo que les dejan haber sido; se alimentan de las reservas de su propio hígado, como hace el cuerpo humano en período de hambre, y por eso amarillean, se sulfuran. El "progre" y el "retro": el Ying y el Yang de la vida nacional. De su dialéctica asalvajada o jactanciosa nace como un pleito prematrimonial, como la del alma y el cuerpo (el materialismo "retro", el espiritualismo "progre"), y de este matrimonio reñidor y desconfiado nace un niño tonto, el centrismo. Con la ilusión de que los hijos unen a los matrimonios mal avenidos, su esperanza de poner paz entre quienes, de verdad, no se van a matar. El niño tonto que se va a estudiar al extranjero para cuando le llegue la mayoría de edad. Como si aquí llegase nadie alguna vez a la mayoría de edad.

A veces, el "progre" y el "retro" se encuentran. Su diálogo es moderado. El "retro" se apresura a explicar que él, en el fondo, es un liberal; el "progre" explica que él lo es en la superficie (cada uno, por

dentro, piensa su típica frase española de los apartes del teatro, desde Lope de Rueda hasta nuestros días: "A mí me la vas a dar tú..."). Dice el "retro" que él lo que desea es, sobre todo, orden, mucho orden, y que dentro de él haya pan para

todos. No otra cosa dice el "progre" que es lo suyo. Y uno de los dos será el primero en exclamar: "Si, en el fondo, siempre hemos estado de acuerdo...". A lo que el otro responderá con grandes muestras de entusiasmo y toda clase de reservas mentales, seguro de que nunca han estado de acuerdo, y de que no lo estarán jamás. "¡Ah, si todos fueran como tú...!", dirá el primero que tenga ocasión de colocar la frase, y el otro le devolverá el cumplido. "Pero, desgraciadamente, los otros...". También en eso mostrarán un caluroso acuerdo. España es un país en el que han ocurrido muchas desgracias, y los culpables han sido siempre los otros, ese cuerpo fantasmal que a veces se designa como "Ellos"... España es un país donde los interlocutores siempre son inocentes, y sensatos, y buenos. Basta con que dos personas se reúnan a hablar para que definan el terrible mundo de los otros que les rodea; basta su conversación para que cada uno de ellos quede exento de pertenecer al grupo de los otros, o de "la gente", que también se emplea mucho. "Ya sabes cómo es la gente", dice la gente.

La conversación se ha hecho grata. El "progre" y el "retro" se separan, se dan sus calurosas y apretadas manos y una tunda de golpes en la espalda, que es la señal española de reconocimiento y amistad (signo realmente incongruente de cariño). Cuando se han alejado suficientemente como para no ser vistos, cada uno de ellos saca su agenda del bolsillo. El "retro" apunta el nombre de su interlocutor: le será útil para cuando llegue la noche de los largos cuchillos. Y el "progre" apunta cuidadosamente el de su amigo "retro" para que no se le olvide. Llegará un día en que tenga que indultarle.

Y así, el "progre" y el "retro" van alimentando, día a día, año tras año, sus sueños de pobres hombres. ■

POZUELO